El cielo me vedaba; mas ahora
Que ya de Roma los adustos sabios
El premio á mis fatigas concedieron,
Y mi cansada frente
Del anhelado lauro al fin ciñeron,
Hoy me es dado cantar. ¡Y hoy que en las vegas
Del Anio te descuelgo, y al estudio
Dando treguas, un cántico te pido,
Tú desdeñosa un cántico me niegas!
¡Resuena, lira mia! No preludio
Sobre tus cuerdas cantilena indigna
De un ministro del cielo: no de amores
Fútil cancion modulo; ¿cuándo nunca
A una beldad de barro ofrecí flores?
¡Ea, lira, resuena!
Cantémos al Señor: su nombre santo
Ayúdame á ensalzar; el aire llena
De celestiales notas; que mi canto
Desdeñando sublime el triste suelo
De hoy más á Dios remontará su vuelo.

A UN POETA

LEYENDO SUS VERSOS.

—

¡Cuánto te envidio, trovador ilustre,
Al ver que pulsas tu sonora lira,
Y que te inspira melodiosos himnos
Dócil Apolo.

¡Cuánto te envidio! Con sus dulces aguas
Aún te brinda la Castalia fuente,
Y orna tu frente, sin jamás secarse,
Délfico lauro.

Pasan los años, y de tu alma fuerte
Ni el fuego apagan, ni el vigor consumen:
Siempre tu númen ardoroso y jóven
México admira.

Tu plectro anima las marchitas flores
Y del desierto la abrasada arena;
De vida llena los enjutos ríos
Y áridas rocas.

Ya nos trasportas á la edad felice
Que inmaculada contempló á *Susana;*
Ya la *Campana* del Germano vate
Tañe tu diestra.

Ora los ayes de *Nahum* doliente
Bien acordado tu laúd renueva;
Ora nos lleva do llegara solo
Dante divino.

Al *Paraíso* que el Inglés cantara
Tu musa apénas á volar aprende,
Cuando desciende modulando fácil
Rústicos himnos.

Y si de amores á cantar se abaja,
Y del Azteca baila en el tugurio,
Solo es augurio de mayores ecos
Altisonantes;

Y ó bien los *Salmos* de David entonas,
O la zampoña soplas de *Virgilio*,
Y suave idilio, con cadencia nueva
Blando repites.

Todo lo abarca tu cantar sonoro:
Riendo y llorando, ya procaz, ya serio,
Arpa y salterio tañes igualmente
Y épica trompa.

Hasta las selvas que me dan abrigo,
Entre el follaje débil susurrando,
Zéfiro blando de tu voz süave
Trajo los ecos.

Al escucharlos, inflamó mi pecho
El almo fuego de mejores dias,
Y melodías entonar alegres
Quise de nuevo.

Mas ¡ay! con burla papagayos verdes
Y mil cotorras en redor posadas,
Con carcajadas sin piedad acogen
Mi hórrido canto.

Para no oírlo, con rumor se mueven
Los altos cedros; y cerrando esquiva
La sensitiva sus cansadas hojas,
Triste se cubre.

¡Ay! ¿Quién creyera que al pastor Ipandro
Tal desengaño preparaba el cielo?
Ya sin consuelo corro á mi cabaña,
Rompo mi lira;

Y tu zampoña, cual postrer refugio,
Aquel antiguo músico instrumento
Que en el momento de partir me diste
Llevo á mi labio;

Y de tus coplas recorriendo el libro,
Dias y noches con tenaz estudio,
Solo preludio las que tú modulas
Cántigas bellas.

ESTANCIAS

RECITADAS

DELANTE DE NUESTRO SANTISIMO PADRE
EL PAPA PIO IX

En una visita de Su Santidad
á la Quinta
del Colegio Latino-Americano de Roma.

Vuelve ¡oh lira! á mi trémula mano:
Armoniosas tus cuerdas resuenen,
Y los vientos mil cánticos llenen
Del Vicario de Cristo en loor.
Hoy risueño lo miro á mi lado;
Hoy felice mi techo lo abriga:
¡Entusiasta mi lengua bendiga
Por tamaña ventura al Señor!

¡Compatriotas, venid! Frente á frente
Contemplad ese augusto semblante;
Escuchad la voz tierna y amante
Que á la Eterna Ciudad nos llamó.
Himnos mil al Pontífice excelso
Entonad á sus plantas postrados:
¿Quién jamás en sus sueños dorados
Alcanzar tanta dicha creyó?

Mas ¿qué miro? ¿En tan fausto momento
Su pupila á empañar viene el llanto?
¡Ah! Perdona, perdona, Dios Santo,
A quien osa á tu Ungido angustiar.
¡Si el amor que en el seno abrigamos
Mitigar sus dolores pudiera! . . .
Presto el cielo esas lágrimas quiera
Apiadado por fin enjugar.

A UN SACERDOTE

EN SU PRIMERA MISA.

Introibo ad altare Dei: ad Deum
qui laetificat juventutem meam.

Sube, sube al altar; por vez primera
Dá al Cordero de Dios mística muerte,
Y esa Sangre que al mundo regenera
Arrodillado sobre el ara vierte.
Sube, sube á mi lado
Al altar del Señor: ¿por qué tu planta
Del santüario en el dintel vacila,
Y en vez de la que en hora tan solemne
Anima á todos, alegría santa,
Negra tristeza ofusca tu pupila?
¡Ea, valor! Tu espíritu abatido
De sobrehumana fuerza se revista,
Y desprecie las viles asechanzas
Del enemigo audaz que te contrista.

Espera en el Señor: El fortaleza,
El es nuestra salud; El al recinto
De su almo tabérnaculo sagrado
Cual á Aron te ha llamado,
Y de su santo monte á la alta cumbre,
Te ayudará á ascender; El en tu pecho
Encenderá de su virtud la lumbre.
El tu ánima inocente,
Juzgó benigno; y segregó tu causa
De la dolosa gente.
Sube al altar; y al Dios que en las alturas
Gloria inmortal espléndida corona,
Himnos de amor, postrado en su presencia,
Con los coros angélicos entona.
De la sagrada cítara al concento
Confiesa del Señor la omnipotencia,
Y de confianza el corazon henchido,
Eleva la alba frente
Al que de santo regocijo colma
Tu juventud ardiente:
Al que de gracias refrescante lluvia
Benéfico derrama,

Sobre el mancebo noble y generoso
Que desde la niñez ferviente le ama:
Que en los floridos años,
Su dulce libertad le sacrifica,
Y el vivo fuego que en sus venas arde
Para su honor y gloria santifica.

¡Feliz mil veces el varon constante
A quien halló el Señor inmaculado;
A quien jamás sedujo
Del oro vil el brillo fulgurante;
Que pudo delinquir, y nunca albergue
En su alma dió al pecado!
¿Dónde tal maravilla
Será dado encontrar? ¡Señor! Tú solo
El noble pecho señalarnos puedes
En que heroísmo tan sublime brilla.
Solo de tu luz fúlgida al destello
Mirar podemos la ánima dichosa
En que imprimió tu diestra poderosa
De predestinacion el sacro sello.
Tan solo tú, Señor, de tu infinita

Bondad tantos raudales
Verter pudiste sobre el fiel levita
Que hoy de tu templo pasa los umbrales.
¿Quién dudarlo osará? Tú lo elegiste
Para ser tu ministro, y á inmolarte
La hostia de salvacion, su ánima pura
Desde sus tiernos años dispusiste.
El temor de tu Nombre sacrosanto,
Principio del saber, y el dón precioso
De sólida piedad, tú le infundiste.
Pontífice piadoso,
Luz de la Iglesia, de la patria gloria,
Le diste por mentor; y de su manto
En edad y en virtud creció al abrigo.
Y cuando sobre México infelice
Horas menguadas de mortal quebranto
En tu justicia descargar te plugo,
Del que empañar tentara su inocencia,
De corrupcion y vicio hórrido yugo,
Lo libertó tu altísima clemencia.
Tu salvadora mano
Lo sacó de la inmunda Babilonia,

Y allá de Albion en el remoto clima
Del ferviente católico britano
Encomendólo á la eficaz tutela.
¡Cuán misteriosos son, Señor, tus juicios!
Aquella del error, infanda escuela,
Mansion del crímen, cenagal de vicios,
En celestial morada
Tornaste para esta alma inmaculada.

Allí por vez primera
Entre el humo del místico incensario
Al tierno jóven que ferviente oraba
Llamaste al interior del santüario.
Allí la fortaleza; allí la viva
Fe que lo anima y la humildad profunda,
La caridad activa,
Y la esperanza que su seno inunda,
Te dignaste infundir, y la prudencia,
La templanza y la indómita paciencia.

Lo que en tu siervo obraste
Plázcate confirmar: ya lo has probado

Cual oro en el crisol: su sed ardiente
De la Santa Ciudad ha ya apagado
En la límpida fuente.
Ya la sublime potestad le diste
De atar y desatar, y solo aguardas
De su inspirado labio el sacro acento
Para dejar tu celestial asiento.
Ven ¡oh Señor! ¿Qué tardas
En descender á sus ungidas manos?
Ya las santas palabras creadoras
A pronunciar se apresta el sacerdote
Sobre el celeste Pan. ¡Callad, profanos!
Ante el excelso Dios de las batallas
Fieles doblad la trémula rodilla;
La frente pecadora
Alzar no oséis: que sobre el ara yace
Inmolado el Cordero sin mancilla.
Su sangre salvadora
Que cancela los crímenes del mundo
Ya vertió el nuevo Aron. Gracias ardientes
Haced á Jehová reconocidos:
¡Grande es su santo nombre entre las gentes!

Alabad al Señor, que la bajeza
De su siervo miró con tiernos ojos:
Del humilde en quien luce su grandeza
Ante las plantas os postrad de hinojos;
Y bienaventurado
Proclamad al levita inmaculado.
Ante el que Dios sublima y enaltece
El mundo todo la cerviz abaje,
Y humildoso le rinda el que merece
De respeto y amor puro homenaje.

AL MISMO ASUNTO

—

No en los umbrales del ornado templo
Detener quieras la insegura planta;
Que ya levanta clamoroso grito
Avida turba.

Turba que admira tu virtud sublime,
Que al pié del ara con afan te aguarda:
¡Ah! ¿Por qué tarda el suspirado instante?
Entra, no temas.

Arde el incienso, brillan las antorchas;
Hierve en el cáliz el sagrado vino,
Y el Pan divino tu palabra santa
Dócil espera.

Entra, no temas: al fragor del rayo
Ya no desciende el Creador del cielo:
Místico velo su fulgor terrible
Cándido cubre.

El, que de lo alto mira tu pureza,
El, que sus dones sobre tí derrama,
Dulce te llama, y á tu ungida mano
Baja gozoso.

Ven á mis brazos, amoroso dice,
Anima casta de mi fiel levita,
De mi infinita deleitosa gracia
Quiero colmarte.

Hasta mi trono de sublime gloria
De tu inocencia me llegó el perfume;
Y me consume de tu amor el sacro
Místico fuego.

¡Cuánto eres bella, mi adorada esposa!
Es de granada tu sin par mejilla:
De tortolilla son tus radïantes
Fúlgidos ojos.

Tu cuello iguala de David la torre
Y tu cabeza al Líbano semeja:
Cada madeja de tus trenzas áureas
Ostro parece.

Eres augusta cual Salem la régia,
Y cual la aurora dulce y apacible:
Eres terrible cual en guerra cruda
Bélica hueste.

Vén á mis castas virginales bodas:
Tu esbelto talle abrazará mi diestra,
Y mi siniestra sostendrá tu pura
Lánguida frente.

Abreme, esposa, tu cercado huerto:
Vén y gustemos celestial banquete;
De mi retrete al interior recinto
Sígueme tierna.

Anima casta del feliz levita
Que Cristo llama con prolijo empeño,
Vén de tu dueño á las celestes nupcias;
Rápida vuela.

Jesus en cambio del virgíneo lirio
Que inmaculado con ardor mantienes,
Sobre tus sienes impondrá de estrellas
Aurea corona.

AL MISMO

Es hora de partir: abandonemos
De la Eterna Ciudad los santos muros,
¡Apóstol de Jesus! La victoriosa
Enseña de la Cruz, en los extremos
Del Mundo Nuevo enarbolar gloriosa
Es nuestra alta mision. Ante el Vicario
Del Hombre-Dios postrémonos de hinojos,
Y por la vez postrera nuestros ojos
Con lágrimas ardientes
Rieguen el Vaticano Santüario.
De Pedro y Pablo á las sagradas tumbas
Dé nuestro labio el postrimero vale,
Y dentro las antiguas Catacumbas
La postrera oracion férvido exhale.
¡Cuán triste es arrancarse de tus brazos,
Oh Roma idolatrada!

Tan solo del deber la voz sagrada
Puede romper tan deliciosos lazos.
Mas del Señor la voluntad divina
A trabajar en los paternos lares
Próvida nos destina.
Armate de valor, mi dulce amigo,
Y apréstate conmigo
A atravesar los anchurosos mares.

A tí me unió la suerte
Desde la tierna infancia: ¿no recuerdas
Cuál ofrecimos juntos á María,
Nuestra delicia y únicos amores,
Las más preciosas flores
Que el suelo ingrato de Albïon rendia?
Bajo la misma bóveda mil veces
Sonaron nuestras preces;
Y al pié del mismo altar, en su clemencia
El que eleva al humilde desde el cieno
Nos brindó con su cáliz y su herencia.
Hasta la márgen del sagrado Tíber
Me seguiste despues; y hora mi mano

Al ara del Señor te ha conducido;
Inseparable hermano,
Sigue tambien mis presurosas huellas
A nuestro patrio suelo mexicano.
¿No escuchas, díme, el amoroso acento
Que tu nombre y el mio pronunciando
Trae en sus alas rápidas el viento?
De México es la voz: regenerada
A nueva vida, se alza majestosa,
De América la reina, aunque infelice.
Espléndida armadura de adamante
La cubre rutilante.
Sobre su regio manto recamada
Se ve la Cruz gloriosa;
Cruz de diamantes de su cuello pende,
Y su diestra tremola el estandarte
De la divina Cruz, que nunca pudo
La Impiedad arrancar: sobre su escudo
Grabado el sacro Símbolo aparece;
Y encima de la fúlgida diadema
El venerado Emblema
Entre el oro y las perlas resplandece.

La vista gira en derredor; y entónces
Lágrima amarga su pupila empaña
Que apresurada enjuga
Trocando el lloro en furibunda saña.
El horroroso estrago
Irritada contempla, que en su torno
La discordia causó de años sin cuento:
Aun hierve el hondo lago
Que formara la sangre derramada
De sus mejores hijos; lleva el viento
De sus quemados templos las cenizas:
Son ruinas sus alcázares; talados
Están sus campos fértiles, y hollados
Yacen sus estandartes hechos trizas.

A espectáculo tal, la voz levanta,
Y el suelo hiriendo con airada planta,
"Hijos, exclama, la empezada empresa
A término llevad: sobre mis hombros
Tenaz aún el infortunio pesa;
Los que me cercan, áridos escombros
Haga desparecer vuestro heroismo,

Y la infernal Discordia
Muda arrojad á su nativo abismo.
Al maternal regazo
Venid de vuestra patria cariñosa,
Y uníos todos en fraterno abrazo.
La trompa belicosa
De hoy más tan solo á combatir os llame
Contra el audaz que á cautivarme aspira;
Desnudad el acero solamente
Para abatir de la Impiedad la frente;
Y libres de ambicion é innoble encono
Del Rey de reyes defended el trono."

Dice: y el rico manto recogiendo
Con grave paso hácia la mar avanza
Los negros ojos por doquier volviendo:
Viva mirada al Vaticano lanza
Y su fulgor brillante
Nuestra pupila hiere deslumbrante.

¿Quién al mágico hechizo
De tal mirada resistir pudiera?

A México volémos
Llevando de la Paz la sacra oliva:
De Dios ministros, todo en El podemos.
De nuestro labio México reciba
La divina palabra, inmaculada
Cual Roma nos la dió: la Cruz sagrada
Nuestra diestra impertérrita tremole:
La Fe de Cristo nuestra voz encienda;
Y á ejemplo nuestro, la naciente prole
Dios y su Iglesia á venerar aprenda.

A UN ROMANO EN 1859

—

¿Cómo quieres que pulse risueño
La pacífica lira de Apolo,
Cuando en torno se escucha tan solo
De la guerra el funesto fragor?
Antes bien á sonar me invitaras
La trompeta feroz de Mavorte,
Que á la heróica Romana cohorte
Llame al campo á vengar su baldon.

¿De la cima del Alpe no miras
Correr ya derretida la nieve?
Es del Franco el ejército aleve
Que hasta Roma pretende venir: